EL CONDE DE GONDOMAR Y SU PROYECTO DE INVASION EN INGLATERRA

POR

C. PÉREZ BUSTAMANTE

La época de Felipe III presenta una extraña fisonomía política: la de un Imperio en que el monarca se inhibe casi totalmente de sus funciones de gobernante; un valido o primer ministro, melancólico y rapaz, que busca en la quietud el fundamento de su poder, y una serie de virreyes, gobernadores y diplomáticos ambiciosos, enérgicos y activos, que obran por cuenta propia y sostienen el prestigio de la monarquía frente a los enemigos exteriores y a la corrupción interior.

El duque de Osuna en Nápoles, D. Pedro de Toledo en Milán, D. Alfonso de la Cueva en Venecia y el conde de Gondomar en Inglaterra, son figuras de primera fila en este retablo político.

La astucia, la cautela, la amenaza y la violencia se combinan con destreza, en dosis adecuadas, para mantener el aparato imponente de un Estado cuya debilidad interna se acentúa por

momentos. Falta ya el aliento de un príncipe transmisor de energía y autoridad y se le sustituye por esas reacciones periféricas que sostienen la cohesión durante algún tiempo. Cuando desaparezcan, años más tarde, estará a punto de desmembrarse la Monarquía con los movimientos separatistas de Portugal, Cataluña, Andalucía, Aragón, Nápoles y Sicilia.

Don Diego Sarmiento de Acuña, gallego de acusado perfil, es uno de los hombres más inteligentes de su tiempo (1). De su afición a los libros tenemos noticias por una carta que le escribiera su hermano D. García desde Salamanca el 20 de octubre de 1593, muchos años antes de que el futuro conde de Gondomar fuese a desempeñar la embajada de Inglaterra, y en ella le manifiesta la dificultad de proporcionarle obras que ya no tuviese. De Inglaterra trajo las más raras y curiosas que pudo recoger, y en las misivas a su mayordomo Diego de Santana le encarga el más exquisito cuidado con los libros que se transportaban desde Gondomar a Valladolid y las más delicadas atenciones con los bibliotecarios extranjeros que había enviado para llevar a cabo la catalogación y colocación de sus valiosas obras.

Respondiendo a una de ellas decía Diego de Santana a su señor desde Valladolid, a 9 de enero de 1619:

"Con los muchos fríos y eladas que a echo después que vino Esteuan, no a podido poner en execución la orden que trajo de V. S. para componer los libros y hacer el índice dellos, asta el lunes pasado, que fué Dios servido de darnos buen tiempo y le

---

(1) Para un estudio detenido de este personaje deben consultarse: «Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña», editadas por Pascual de Gayangos, Madrid, 1869; los discursos de ingreso en la Academia de la Historia del Marqués de Villaurrutia y de D. Francisco Javier Sánchez-Cantón (este último con una acabada biografía); la introducción de D. Antonio Ballesteros al tomo I de «Documentos inéditos para la Historia de España», Madrid, 1936; «Un embajador español en la escena inglesa», por A. R. Pastor, en el «Homenaje a Menéndez Pidal», tomo III; «El Conde de Gondomar y su intervención en el proceso, prisión y muerte de sir Walter Raleigh» y «Una carta inédita del Conde de Gondomar», publicados por el autor de este artículo en Santiago, 1928 y 1930.

ace aora, començo a limpiar los libros de mano que están en los estantes, como se entra en la librería a mano esquierda; balo dexando todo muy limpio y con mucho aseo... y quando ace mucho frío se le enciende un brasero y lo tiene allí para irse calentando las manos. Todo lo que pide y a menester le doi y compro como an sido chinelas y çapatillas, montera, guantes y le di cinco reales que me pidió, aunque no me dijo para qué los quería y así lo haré siempre... y en todo lo demás le regalo, trato y acaricio como V. E. me lo manda."

Tan extraordinaria era la cantidad de libros reunidos por D. Diego Sarmiento, que su bibliotecario, Esteban Eussen, se lamentaba de la falta de local para colocarlos: "La plus grande incomodité qu'il y a en vostre estude, est qu'il n'y a pas assez de place pour bien renger une si grande quantité des livres, et suis contraint, faute de place, de mettre plus que la moitié en pilliers l'un sur l'autre sur des ais contre la terre et muraille iusques a ce que V. S. auec la grâce de Dieu se trouuant par deçà, donnera ordre a cela..."

Estas aficiones originaban cuantiosos dispendios a D. Diego, quien, por otra parte, y como buen literato, nunca se vió sobrado de dinero, teniendo en cuenta que su cargo diplomático sólo le servía para gastar la salud y malbaratar la hacienda en servicio de su Rey, sin que ello quiera decir que en ningún momento de apuro dejase de conservar la dignidad de su empleo, "aunque gaste toda mi hacienda y dé con mi casa e hijos en el lodo, y me obliguen a abreviar mi estado en esta tierra donde nada se hace de balde".

Es hombre de guerra y de administración, como hubo de probarlo en la defensa y en los planes de fortificación de las costas gallegas contra la armada y las piraterías de los ingleses, en los corregimientos de Toro y Valladolid y en su cargo de consejero de Hacienda. Escribe con tino de política y penetra en el estudio de los males que dañan la economía nacional.

"El guerrear hoy de los hombres —dice en una carta a Felipe III— no se reduce a la fuerza natural, como los toros, ni aun a batallar, sino a disminuir o aumentar comercios y amigos, y esto es en lo que los buenos gobernantes deben poner su atención e industria, pues lo que se puede hacer con arte y consejo es lo mejor, y en lo que interviene la fuerza siempre hay riesgo y ventura en el suceso y en la conservación, y nuestros enemigos nos han enseñado bien este arte y el modo de usarla, y la experiencia muestra lo que han hecho con ella, siendo tan inferiores en las fuerzas."

Contempla con tristeza el abandono de fábricas y la ociosidad de las gentes: "Sólo diré que dejamos sacar nuestras lanas, que son las mejores del mundo, y sólo España tiene dentro de sí aceite y todo lo demás necesario para labrar buenos paños y telas de seda, hierros, linos, cáñamos y otros diversos materiales para tintas, y sin embargo de esto, lo más de que nos vestimos es de Inglaterra, Holanda y otras partes extranjeras, y nos tienen por sus vasallos.

En España son más de cinco partes de seis los inútiles al comercio y sustento de la vida humana, porque no se ha celado lo importante que esto es, y en Inglaterra y Holanda no vienen a ser de ciento uno los ociosos, y esta es la causa porque crecen tanto en riquezas, poder y aumento de gente cuando nosotros menguamos."

La inmoralidad de ministros y favoritos —más desenfrenada que nunca— le obliga a decir con valentía: "que al paso que hoy va la confusión, y sin atención al remedio y a la cura de esta monarquía, se va acabando por la posta, pues V. M. se halla hoy con dos enemigos tan poderosos como son el uno todos los príncipes del mundo y el otro todos los ministros y criados que servimos a V. M. y así están en grave mora los a quien toca el remedio de esto en no tratar de ello incesantemente". Y hace al Rey esta representación por parecerle "confesión y declaración más

necesaria aún para Semana Santa y para descargo de mi conciencia que mis propios pecados".

Pero, sobre todo, es D. Diego un diplomático habilísimo y un conversador lleno de ingenio. Durante diez años rige la Embajada de España en Inglaterra, y con singular audacia logra éxitos insospechados. La vanidad de Jacobo I se complacía en el trato con tan singular personaje, que le entretuvo largamente, colocándole en situación siempre favorable o, por lo menos, inofensiva, a los planes de España. La negociación matrimonial entre el Príncipe de Gales y la Infanta María, hija de Felipe III, desechada siempre por la Corte española y por el Pontífice, mantuvo tensa la atención del Stuardo, tercamente aferrado a la idea de unir su escocesa dinastía rural a la más ilustre de las familias europeas.

Ni la codicia del Rey se salvó de esta atracción: Walter Raleigh, el fastuoso favorito de Isabel la Grande, ofreció, a cambio de su libertad, infinitos tesoros de una mina en el Orinoco, cuyo secreto poseía. Halló muchos valedores para su empresa, porque uno de los medios más en boga para realizar enormes ganancias con pequeños capitales había sido hasta entonces su colocación en aventuras de piratería. Sarmiento calculaba que el viaje habría de ser de fatales consecuencias para España si Raleigh encontraba abundantes cantidades de oro, porque entonces "todos los ingleses que tuvieren alguna hacienda darán su dinero a ventura sobre esta navegación y todos querrán ir allá por el interés y novedad", sin contar con el estímulo que ejercería sobre holandeses y franceses.

Eran aquellas las tierras legendarias y quiméricas del Dorado, celadas cuidadosamente por los españoles y motivo de universal curiosidad, de las que, años más tarde, diría el P. Joseph Gumilla: "Preguntémosle a Keymisco, inglés, y a otros jefes sus paisanos: Amigos, ¿qué viajes son estos? ¿Para qué tanta repetición de peligrosas navegaciones? ¿Tantas pérdidas de cauda-

les, de navíos y de tripulación? Preguntemos en el Perú y en Quito a uno y otro Pizarro; en Santa Fe de Bogotá a uno y otro Quesada; en el Marañón a Orellana, y en Meta a Berrio y otros muchos capitanes: ¿Para qué os afanáis? ¿A qué fin tantas levas, marchas y viajes arduos, difíciles e intolerables? Buscamos —dicen— el famoso y riquísimo Dorado, y así nadie se admire de nuestra resolución y arduo empeño, que lo que vale mucho es preciso que haya de costar mucho."

Raleigh y su lugarteniente Keymis realizaron el viaje; pero Sarmiento, que informó minuciosamente a su Gobierno y a las autoridades de las Indias para que hiciesen los oportunos preparativos y estorbasen sus proyectos, logró el fracaso de la expedición, e implacable en sus reclamaciones, propuso el embargo de todos los bienes y navíos británicos que se hallaren en Sevilla, llevando su audacia hasta conseguir que "el más grande de los ingleses ", como le llama Hume, fuese descabezado en el patíbulo de Westminster el día 29 de octubre de 1618.

El conde de Gondomar, sutilísimo en sus negociaciones y más pacifista que pacífico, no ocultaba, si la ocasión lo requería, su propósito de apoyar con las armas la fuerza de sus argumentos. Conocía la debilidad interna de España, pero la disimulaba, presentando como factible una empresa cuyas dificultades no se le escondían. Y antes que mantener una actitud de subordinación que era humillante para un Imperio como el español, arriesgaba los peligros de una aventura tan considerable en todos los tiempos —y más en aquéllos—, como la del desembarco en Inglaterra. Lo difícil era llegar a ella. Puesto el pie en tierra, no dudaba Gondomar que la infantería española, todavía invencible, conquistaría el reino. Y en una carta al secretario Ciriza e instrucción a su confesor Fr. Diego de la Fuente, que había de informar en España sobre las cosas de Inglaterra, dice así:

"Y lo primero que me parece debe representar a S. M. es que los ingleses han tenido y tienen un error, fomentado de sus ve-

cinos, que es parecerles que a España le es muy conveniente y hasta precisa la paz con Inglaterra. Ha ayudado no poco a esto las diligencias que aquí se hicieron al principio para la paz, y el haber venido tras el Conde de Villamediana el Condestable, y lo mucho que dieron y repartieron aquí entrambos públicamente...

De esto, pues, ha nacido el parecerles aquí que pueden hacer lo que quisieren y que por nuestra parte se les sufrirá todo antes que venir a rompimiento. De este error suyo nació también otro en que han estado persuadidos los más, que es entender que les conviene la guerra y que se pierden con la paz; y solían ser sus pláticas ordinarias lo que les valieron las presas y sacos en tiempo de la reina Elisabeta, y decir que con esto la Reina y sus vasallos estaban ricos, y después acá todos pobres, y el Rey con tan extremada necesidad que nunca se ha visto Rey de Inglaterra tan pobre...

Yo he procurado, después que llegué a este puesto, mostrar con obras y palabras cuánto más conveniente y necesario le es a Inglaterra la amistad de España que a España la de Inglaterra. Y cuánta es la diferencia de aventurar a perder uno o diez navíos contra un reino; porque si guerra hubiese, sería así que de aquí saldrían piratas a robar navíos, y S. M. enviaría armadas invencibles a conquistar este reino, y con que una de éstas acierte sin oposición de mares o vientos, verán lo que será, y lo que hubiera sido si la del año de 88 pusiera pie en tierra, pues es cierto que en ella no hallaría ni resistencia suficiente. A este propósito les he dicho... y hoy se habla ya con diferente lenguaje y respeto y se ha desenconado esto y puesto en diferentísimo estado del que tenía, y entiendo que el deseo de este Rey es conservar la paz con España. No ha habido, después que él vino a la corona, mejor disposición de la que hoy hay de poderse afirmar bien.

Pero, porque la mudanza y variedad en las cosas de aquí es

ordinaria de un día a otro, tengo por muy necesario que S. M. esté advertido de todo, y no suelte las prevenciones para la guerra hasta ver si se puede asentar con Inglaterra una paz buena y verdadera... porque si se hubiera de continuar como hasta aquí ha ocurrido desde las paces, yo tengo por mucho mejor la guerra para la religión católica y para el estado y Monarquía de España...

Es de considerar que todas las naciones que han hecho guerra a Inglaterra, y viniendo a su conquista han puesto pie en ella, la han señoreado: los romanos, los danos, los sajones y últimamente los normandos; todos entraron por el mediodía y por la costa que mira a Francia y a Flandes; pero en el estado presente sería error muy grande intentarlo hoy por esta parte, por las dificultades y defensas que en ella hay.

Y así paréceles a muchos que, teniendo S. M. guerra con Inglaterra, es lo más acertado y seguro comenzar por la Irlanda, que con la ayuda que S. M. allí terná, sería aquello fácil, aunque a otros, con quien yo me conformo, les parece que si bien sería fácil la conquista, ternía muchas dificultades la conservación, quedando Inglaterra entera y con tan gran ventaja de poder enviar tan cerca y con tanta comodidad los socorros, y S. M. con tanta descomodidad y costa, habiéndolos de enviar desde España. Esto mismo piensan haría inexpugnable a Inglaterra, por las prevenciones y cuidados que pornían para su defensa, deshaciendo dentro de sí las personas y cosas de que puedan recelarse. Y así, todo bien considerado, parece que lo conveniente para este caso sería desembarcar el ejército cerca de Inglaterra, en cuya desembarcación no habría ninguna resistencia, antes ayuda; y podríase escoger uno de los que ya están murados, que fuese muy fácil de fortificar y de hacer en él plazas inexpugnables para defensa del puerto y de la armada, y también de la tierra. La costa de afuera es mar tan brava y tan insondable, que no podrá asistir en ella ninguna armada enemiga para quitar los socorros ni ha-

cer daño, demás de hallarse aquel sitio con viento opuesto y contrario para ir a él desde Inglaterra, porque están al norte y mediodía...

La Escocia está hoy sin ninguna prevención ni defensa, y sin que el Rey ni los de su Consejo piensen que por allí se puede intentar empresa, y de aquel puesto se hacen dos efectos: el uno, fomentar a la Irlanda, para que ella por sí se levante, y tener tomados los puestos de donde Inglaterra la pueda ofender y socorrer; porque aquello es la frontera de Irlanda, y la mas cercana a ella, y podríase ordenar al mismo tiempo que el nuevo conde de Tirón, que está en Flandes, con tres o cuatro mil hombres entrase por la Irlanda, desembarcando también por la parte de hacia el norte, y no por la que mira hacia Inglaterra ni Escocia, para que no pudiesen ser socorridos de Inglaterra tan presto; pues para partir de aquí el socorro será menester un viento, y otro para tornar allí, y el rodeo de haber de costear toda la Inglaterra y toda la Irlanda; demás de que viendo Inglaterra un exército dentro de sí, cuidaría sólo de su defensa sin asistir a lo de fuera, con que la conquista de Irlanda sería mucho más segura y acomodada, y la de Inglaterra mucho más fácil que por ningún otro camino, pues todos los malcontentos deste Rey y celosos del servicio de Su Majestad, viendo cabe sí un ejército, a que pueden arrimarse sin necesidad de barcos, se declararían muchísimos brevemente. El paso de Inglaterra a Escocia es facilísimo, y unos castillejos que había en las rayas de los términos (1) están hoy sin ninguna defensa; y vencida una batalla, que de la parte de los ingleses todo sería multitud y confusión, sin arte ni disciplina, ni haber visto enemigo, ni saber pasar descomodidad, no parece que sería necesario que fuese muy sangrienta la victoria, y alcanzada, el llegar a Londres sería sin re-

---

(1) Está por *fronteras*, y parece traducción literal del inglés *borders*.

sistencia, en ocho días de camino, porque todo es llano, sin castillo ni fortaleza en ninguna parte.

Este parece el único medio para la conquista de Inglaterra, y en ninguna parte conviene, no habiendo resolución de conquistarla, romper la guerra, porque en la mar siempre los ingleses harán más daño a España que recibirían ellos, por el mucho número de navíos bien aparejados y ligeros con que navegan, y una nave de la India de Portugal o de la flota que viene a Sevilla que tomen, importa mas que cincuenta navíos de Inglaterra que tomemos, porque en esto de guerra no llevan más que balas y pólvora, y los hombres vestidos de angeo.

Y por la mar, el mayor mal que por nuestra parte se les podría hacer sería enviar una armada con secreto a la tierra nueva (Terranova), por los meses de julio y agosto, que los ingleses andan pescando allá el bacallao, y suele haber de ordinario más de doscientos navíos, con sólo ocho o diez hombres en cada uno, y aun menos, y a este viaje no llevan armas ni artillería, ni más que sólo los instrumentos para pescar, y desembarazados los navíos para henchirlos de pescado.

Otro medio sería tener navíos de guerra aquí, en Dunquerque y en Ostende y en el estrecho de Gibraltar, y conservar la tregua con los holandeses lo más firme que se pueda, para acudir mejor a lo de aquí; aunque se puede pensar de los holandeses, que si viesen esto en aprieto, lo socorrerían en la mejor forma que pudiesen, para que no se acabase de perder; pero comenzándose la guerra en Escocia e Irlanda por las partes del norte, como está dicho, sería muy dificultoso y costoso para los holandeses conseguir socorro y asistencia que hubiesen de dar a los ingleses.

Estos son apuntamientos que se ofrecen sobre el estado de las correspondencias y amistades que este Rey tiene hoy fuera de su reino, y las consideraciones que hay para la paz y para la guerra entre el Rey, nuestro señor, y él, que con esto y con lo

que su paternidad lleva entendido de palabra, lo dará allí a entender como conviene, haciendo grandes instancias para persuadir en España que, así para la paz como para la guerra, es necesarísimo tratar luego, sin perder tiempo, del aumento del trato y comercio, y navíos y municiones, y que se podrían muy fácilmente formar dos compañías de mercaderes correspondientes en Sevilla y Lisboa, en Dunquerque y en Ostende, que trajeran de España a Flandes paños, pimientos y las demás especerías, y azúcar y conserva, aceite, vino, pasas, higos, almendras, naranjas, limón, y otras infinitas cosas de que abunda España, y no hay en estas partes, y lo que de aquí fuese necesario llevar a España se podría hacer por este camino y con más comodidad, quedando siempre la ganancia en vasallos de Su Majestad, porque en este viaje todos los navíos y gente habían de ser necesariamente vasallos de Su Majestad, o del señor Archiduque. Esta será la más justa y mayor guerra que se podría hacer a esas gentes del norte, con medio tan justificado como se ve, demás del aumento de navíos y municiones que Su Majestad tendría para cualquiera ocasión, y que en la tierra se multiplicarían también los tratos y oficiales de manufactura porque aun aquí en Inglaterra, donde hay tanta abundancia de paño, es mucho más estimado el de España, porque es mejor fabricado y de más dura, y mejor la lana."

Ningún obstáculo tan fuerte como el inglés para la conservación de nuestro predominio. De Inglaterra partían las naves piratas que, interceptando la comunicación con las Indias, asolaban sus costas; de allí arrancaban los hilos de todas las intrigas europeas contra la Casa de Austria; de allí salían las ayudas pecuniarias y los voluntarios para todas las guerras contra España. El instinto popular lo consagró en un refrán: "Con todos guerra y paz con Inglaterra." Y los poetas, acordes con los diplomáticos y con los hombres de armas, veían en aquel país

el enemigo tenaz, implacable e irreductible. En su "Pregón contra el inglés", dirigido a Felipe III, dice Tejada Páez:

Pues en tu gente invicta y laureada
la virtud su virtud acendra y prueba,
bata Milán el duro yunque, bata,
greve los yelmos, temple bien la greva,
enhaste hierros y acicale espada,
que en sangre tiña su color de plata;
y en fragua (do la llama se desata)
con los roncos martillos armas forje
contra el reino que un día honró a San Jorge,
y con la belicosa baraúnda
se amedrente y confunda,
y el español supremo
contra el gélido inglés muestre su extremo,
y el atanor de bronce por do pasa,
no el agua dulce, mas sulfúrea brasa,
escupa, con relámpagos, horrendos,
rayos de plomo y truenos estupendos.

Gondomar pasó con justicia a la literatura dramática inglesa como personaje peligroso. En 1624 se representaba con éxito increíble una comedia de Tomás Middleton, considerada por algunos como la única verdaderamente aristofanesca de aquel pueblo, y en la que el actor que interpretaba a D. Diego vestía un traje que le había pertenecido y cruzaba el escenario en su silla de manos, popularísima en Londres. El histrión ponía en boca del personaje sus chistes, agudezas y frases habituales y removía los posos del odio popular con párrafos como éstos:

"¿No conozco todas las fortificaciones de este reino, los

puertos, las ensenadas y los desembarcaderos? ¿No tengo los planos de todos ellos? ¿No conozco los canales, la posición de los bajos, las peñas, los ríos más indicados para su invasión? ¿No poseo las listas de los buques de guerra, de su tripulación y de su armamento?"